

HA MUERTO LA CANTANTE CONCEPCION BADIA DE AGUSTI

La ilustre liederista catalana ha representado el último vínculo entre la actual generación de músicos y aquellos que fueron sus maestros y amigos: de Granados y Pedrell hasta Falla y Gerhard

APUNTE BIOGRAFICO

Concepción Badia de Agustí había nacido en Barcelona en 1897. Desde niña sintió predilección por la música que le absorbió, inclinándose por el canto, aunque su fina sensibilidad le hizo interesarse también por otras facetas del arte, en especial por el piano. Poseía una voz clara, flexible, capaz de sutísimas matizaciones líricas, por lo que estudió con preferencia la canción de cámara.

Fue una de las discípulas predilectas de Enrique Granados. Las lecciones, la amistad y la colaboración con Granados fueron decisivas en la vida artística de Conchita Badia. Nadie mejor que ella heredó la gracia, la elegancia y la vehemencia expresiva que fueron características de Granados para después transmitirlas con mayor fidelidad la esencia de las «Tonadillas en estilo antiguo», las «Canciones amatorias» que estrenó en 1915 con el propio compositor al piano, la «Elegía eterna» y otras melodías, algunas de las cuales la artista conservaba en manuscrito y dedicadas.

Conchita Badia fue además de discípula de Granados, profesora en su academia, habiendo estudiado también con Mas y Serracant y Franck Marshall. Empezó en seguida su carrera de «liederista», abierta su sensibilidad a todas las tendencias de la canción de cámara. Desde las tonadas populares hasta las versiones de Pedrell y Alió; desde las obras de Amadeo Vives (las «Canciones epigramáticas» figuraban entre sus predilectas), de Millet, Nicolau o Pahissa hasta las de Lamote, Tondrà, Federico Mompou y Robert Gerhard encontraron en Conchita Badia una intérprete exquisita y ejemplar.

La cantante manifestó siempre su amor por los artistas de su tierra, pero no se limitó nunca a una labor de proselitismo local. Conocía y expresaba con admirable sinceridad todo el «lieder» romántico y posterior. Schubert, Schumann, Grieg, Fauré en su voz de sonoros reflejos poéticos producían una emoción única.

La amistad con Manuel de Falla marcó también su personalidad. Sus «Canciones Populares Españolas» las había interpretado infinitas veces. Ella estrenó en Barcelona, en 1924, el pequeño poema «Psyché» bajo la dirección del maestro gaditano, del que dio a conocer también el «Soneto a Córdoba».

En 1937 se trasladó a la Argentina, residiendo durante nueve años en Buenos Aires. Desde allí visitó con frecuencia a Falla en la ciudad de Córdoba. Cuando el compositor, al final de la guerra civil viajó a la Argentina de donde ya no volvería, fue invitado para que dirigiera un concierto en el Teatro Colón de Buenos Aires; teniendo por intérprete de «Psyché», del «Soneto a Córdoba» y unos fragmentos de «La vida breve» a Conchita Badia. De su permanencia en América del Sur, la soprano catalana obtuvo un conocimiento extenso y profundo de la música de aquellos países. A partir de entonces su repertorio se enriqueció con la mejor producción de los compositores argentinos, chilenos, brasileños y uruguayos principalmente, convirtiéndose a la vuelta a Barcelona en su más autorizada y válida embajadora artística.

En conciertos, recitales, audiciones íntimas y viajando por España y el extranjero, Conchita Badia dio siempre una calidad singularísima a sus diversas interpretaciones de toda la música nacional y del «lieder» y las canciones clásicas, románticas, modernas y contemporáneas.

En las últimas dos décadas su labor en el campo de la enseñanza fue extraordinariamente activa y trascendente. Contaba con gran número de discípulas. Con ellas habían empezado Montserrat Caballé entre otras. A las que acudían a su casa, se añadían las alocadas en su cátedra del barcelonés Conservatorio Superior Municipal, las que anualmente acudían a los cursos de «Música en Compostela» y a diversos cursos extranjeros para los que era a menudo reclamada.

Había efectuado varias grabaciones entre las que destacan un disco de homenaje a Granados realizado con la colaboración de la pianista Alicia de Larrocha, incluyendo las «Tonadillas» y las «Canciones Amatorias», así como otro, con el pianista Pedro Vallribera dedicado a las canciones sudamericanas. En éste encontraron sus más cautivadoras versiones de aquellas melodías que, junto con las de Granados, más hondamente amaba; las «vidalitas» de López Buchardo, Guastavino Ginastera; los acentos dolidos del «Azulão» del «Tiamba-Tajá», Juan José Castro y la gracia melancólica de «Viola quebrada», de Villa-Lobos o de «Cuando una flor desabrocha», de Mignone. Todo un mundo de delicadas emociones que se han extinguido cuando la voz de Conchita Badia ha enmudecido para siempre. — X. M.

Barcelona, 2. — A la una de la madrugada ha fallecido Conchita Badia de Agustí. El óbito se produjo en la clínica Corachán, donde la ilustre cantante había ingresado hace un mes. Una crisis hepática precipitó una grave dolencia que hasta entonces no había debilitado su increíble entusiasmo, el apasionado amor a su arte. Pasión por cantar y enseñar a cantar a sus innumerables discípulos que se beneficiaron de sus consejos hasta la tarde en que tuvo que ser internada en la clínica, donde ha dejado de existir consolada por la presencia de sus hijas y familia toda, así como de numerosos amigos.

Hasta hace pocos días tuvo momentos de lucidez y pudo conversar e incluso llegó a articular la tonada de alguna canción de su íntima preferencia. No hace mucho fue visitada por la delegada provincial del Ministerio de Educación y Ciencia, quien le hizo entrega de la encomienda con placa de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, que le había sido concedida por sus extraordinarios méritos artísticos y docentes a lo largo de muchos años.

Durante las últimas semanas fueron numerosísimas las personas que acudieron a la clínica para expresar su cariño y admiración por la eximia artista. Todas las personalidades musicales de Barcelona testimoniaron sus sentimientos y la familia recibió constantes llamadas telefónicas de toda España y del extranjero (entre ellas las del compositor Alberto Ginastera y de Ventura Gasol) expresándose en el mismo sentido. La muerte de Conchita Badia representa una pérdida irreparable para la música catalana, para el arte del «lieder» en general y para la canción, sobre todo de los pueblos sudamericanos, que la soprano difundió con incomparable maestría.



Una foto retrospectiva de Conchita Badia con una dedicatoria a Enrique Granados, de cuyas obras fue intérprete excepcional

Conchita Badia, en Madrid y Compostela

La condición de Conchita Badia, ligada tan entrañablemente a Cataluña, con ejercicio profesional que se centra en Barcelona, expandido un tiempo a tierras argentinas pero con voluntad de un retorno celebrado por sus muchos admiradores y discípulos, podría muy bien establecerse desde ese «Camarote Granados», continuación para ella de recuerdos artísticos muy hondos, con base en el músico leridano. Pero Conchita Badia no limitó a la Ciudad Condal ni su magisterio ni el eco de su arte humanísimo. El crítico madrileño de origen galaico, fundidos la actividad profesional y el permanente amor a la patria chica, se honra al unir a las evocaciones que estos días serán demostrativas del general duelo y el cariño unánime, dos vivencias personales de las que fue protagonista Conchita Badia. En Madrid y en Santiago de Compostela. Un poco anterior aquella.

Había cantado Conchita Badia en Madrid por los años treinta, de la mano insigne de Pau Casals, algunas canciones del «mestre». Sabíamos todos de la estimación que a la entonces cantante adolescente había profesado Enrique Granados, al que siempre rindió ella culto desde entonces —cómo se ufanaba al recordar la llamada de aquél: «Ven tú, y las canciones»—, como intérprete calificadísima.

Ya pasados muchos años, establecida de nuevo en Barcelona; tuvo la idea quien firma, biógrafo entusiasta de Granados, de ofrecer en el Ateneo madrileño un ciclo de conferencias concierto dedicadas por entero al compositor y su obra. ¿Quién podría ilustrarlas? En la selección no había duda, aunque la meta era muy alta. Pero debía intentarse. Con fortuna. La respuesta siempre amical de Conchita Badia y Alicia de Larrocha, garantizaba la idoneidad de los vehículos. En tres programas el arte de excepción de la gran pianista, desplegaría buena parte de la obra para teclado. En el otro, ella misma sería, en prestación que constituía un lujo, quien acompañase a la cantante. El éxito fue tan grande, que Santiago Galindo Herrero, por entonces responsable de los programas etneísticos, solicitó un apéndice. Hubo conciliábulo del trío, para buscar la nueva prestación. Y se acordó que Alicia tocase todas las danzas y acompañase el ciclo íntegro de tonadillas a Conchita. Nunca podrán olvidarse los resultados, la gracia, la intención, el aristocratismo, la sensibilidad derrochada por ellas al servir los tan queridos pentagramas. Y hubo para Conchita el homenaje especialísimo la desusada concurrencia de jóvenes cantantes y su devota pleitesía. Una hubo, Carmen Pérez Durías, buena artista en verdad, que llegó a besarle la mano, en reflejo de su emoción.

Santiago, también. Desde el nacimiento de «Música en Compostela», entre los pioneros de la buena nueva de arte, Conchita Badia puso amor, comprensión, alegre espíritu de trabajo. Su clase, quizás la más numerosa, de hecho la más unida, buscaba prolongaciones a las horas docentes, cubría las jornadas enteras. En torno a la artista se apiñaban sus discípulos, pronto sus amigos. Ella les escuchaba, prodigaba sus consejos, brindaba los ejemplos prácticos... De pronto, interrumpía a la alumna: «Mira, hijita...». Cantaba entonces, acompañándose con arte de pianista consumada. Puede ser que la voz en momentos estuviese algo rota, pero era tal la expresión, tan hondo el sentimiento, la línea tan sutil, de un aristocratismo tan espontáneo, que todos nos rendíamos al placer de oírlo. Pasará mucho tiempo antes de que olvidemos su forma, y sirva de ejemplo, de cantar con intención, sin desgarro, con picardía, pero sin desmesuramientos de mal gusto ese: «¡Ay que tío, tan tardío — si así se pasa la vida, estoy divertida!». En el cielo de los músicos, se lo habrá dicho ahora el propio Enrique Granados. Porque Conchita habrá ido a él, como siempre, con sus canciones...
Antonio FERNANDEZ-CID

ADMIRADA CONCHITA

La conocí hará pronto treinta años. Conchita Badia recién había llegado de Buenos Aires, donde emigró en 1937 y volvía más apasionada que nunca por la música, las canciones que cantaba con una entrega y una palpación emotiva que no he visto en ninguna otra artista. Antes de la guerra española ya la había admirado por su voz, su estilo temperamental y su escuela dominada con una sensibilidad exquisita y una distinción ejemplar. Si no me confundo debió ser hacia 1933 que puede decirse descubri en la «liederista» estas cualidades al escucharle, con Robert Gerhard al piano, las entonces últimas obras de este compositor representativo del momento cultural catalán de los años treinta, sus «7 Hai-Kai» y las «5 Cançons Populares de Catalunya». Nadie más que Concepción Badia de Agustí podía haberlas estrenado porque era, además de una cantante extraordinaria, la más inquieta, con más afán de curiosidad por la música nueva.



Esta actitud atenta, inquiridora por toda la música, incluyendo la no específicamente vocal, y la de comunicar su pensamiento a los demás, Conchita la mantuvo siempre con creciente impulso. Recuerdo, al volver de América, el entusiasmo con que hablaba de los compositores argentinos y latinoamericanos en general. Ella nos descubrió a través de la leve melodía de «El árbol del olvido» la personalidad de Alberto Ginastera y con otras canciones, la de Guastavino, López Buchardo, Carlos Paz, Juan José Castro —que conocimos en años más recientes en su casa de Barcelona— y de los más jóvenes. Nos hablaba de ellos, de Villa-Lobos —que también conocimos en su casa— y de tantos más, insertando en la conversación, sin solución de continuidad casi, los temas de sus melodías, las cadencias dulces y delicadas de las tonadas populares del Nuevo Continente, sureñas, brasileñas o antillanas.

Pero Conchita seguía siendo muy catalana, aun cuando hablaba o cantaba con un deje argentino morbido y delicioso. Nos vimos siempre mucho e indefectiblemente estando a su lado se acababa todo hablando de Granados. Y si había un piano cerca, toda la hondura emotiva que podía expresar fluía de las «Tonadillas» —que interpretó como nadie— o de las «Canciones amatorias» del compositor leridano, la colección que ella había estrenado en 1915 con el propio autor al piano. Ella se acompañaba con una elegancia inimitable porque era también una auténtica pianista, heredera del arte de Granados, su maestro.

En los últimos treinta años la vida de Conchita Badia giró en torno de su arte, celebrando algunos recitales, ejerciendo su magisterio en el Conservatorio Superior Municipal, aprovechando la mínima oportunidad para ofrecernos el regalo de su bellísima dicción lírica y comunicando a los demás, a sus numerosas discípulas su mensaje de arte. Fuimos todos, los que nos beneficiamos de su finísima musicalidad, de su generosa amistad, de su infinita simpatía. La veíamos feliz estimulando a sus alumnas. Frecuentemente nos llamaba para que fuéramos a su casa, para que acudiéramos al Camarote Granados —que fue para ella una especie de segundo hogar— a la presentación de una joven cantante, catalana, española, nórdica o japonesa, adelantándonos fervientes elogios de todas ellas, al margen de que pudiera suponer que alguna vez no los podríamos confirmar. Y en el Camarote Granados, siempre Conchita terminaba dando un abrazo a Natalia Granados y cantando alguna de las «Majas», alguna canción de Mompou, de Toldrá o mía. Federico Mompou, comprobar que las «Canciones Negras» se cantaban en las más alejadas Conchita Badia la cantante más proselitista que pueda imaginarse. La más abnegada y empeñada en que sus canciones las amaran entrañablemente aquellas artistas venidas de los cinco continentes para estudiar con ella, que a mí me había proporcionado muchas veces la ilusión de comprobar que las «Canciones Negras» se cantaban más en las alejadas latitudes porque las habían descubierto y aprendido de nuestra admirada Conchita.

Hemos perdido esta bondadosa, esta gran artista que, desde hace meses, enferma ya, seguía sin querer renunciar a su arte y a transmitirlo a los demás. No quiso dejar de cantar. El mismo día que fulminada por un ataque fue trasladada a una clínica en la que iba a morir, quiso y pudo dar sus últimas lecciones a tres discípulas.

Admirada, admirable Conchita. Recuerdo ahora, impresionado, un día —hace unos cuantos meses— cuando me dijo, con el ardor de siempre, y aún con una tranquila alegría, que se le habían acudido unos versos, una cuarteta que sólo ella podía haber imaginado y que será imposible olvidar:

«Sempre he sentit la folia de cantar,
tota ma vida ha estat plena de cançons.
I quant vingui l'hora del perdó,
feu que Us llimplori
cantant una cançó.»

Javier MONTSALVATGE

CONCHITA BADIA Y ENRIQUE GRANADOS

En esta tristísima hora de la desaparición de Conchita Badia, nuestra gran cantante, no puede faltar el dolor y la voz de Granados.

La presencia de Granados en la vida artística e íntima de Conchita, fue constante. Desde niña fue su discípula predilecta, la que cantaba sus canciones con el maestro al piano, la que estudió sus tonadillas con él, la que estrenó sus Canciones Amatorias, la que aprendió y heredó su impecable estilo pianístico. La que era solicitada por el compositor para ensayar juntos sus canciones y a la que Granados llamaba desde la Academia diciéndole «ven tú y las canciones» y después «ve por el mundo con mis canciones».

Difícilmente puede darse un ejemplo igual de devoción, de fidelidad, de tributo constante a la obra del maestro, de dedicación, de amor y cariño en la difusión de la misma.

Cuando Conchita cantaba Granados, no sólo ponía en ello su extraordinarias cualidades de cantante; volcaba su emoción, su espíritu y de ahí su elegancia inigualable, su insuperable gracia, su dicción impecable.

Cuanto la trataban conocían su personalidad, porque Conchita era transparente, y a través de su transparencia, surgía la mujer ingenua, noble, sincera, generosa y sobre todo, buena, de una bondad sin límites. «Para mí y los míos, una hermana más, como ella decía siempre, de la que guardaremos un recuerdo emocionado y un reconocimiento eterno».

Natalia GRANADOS DE CARRERAS

Para beber...
noche y día
AGUA DE VILAJUIGA
la más rica en litina